

Cuando los árboles ocultan el bosque: la psicología social como perspectiva

Alfonso Sánchez Pilonieta¹

Para iniciar mi reflexión sobre el tema que hoy nos congrega, permítanme recordarles, un antiguo cuento, quizás escuchado por ustedes en alguna ocasión. Se trata del cuento de origen asiático, presumiblemente indio, de *Los seis sabios ciegos y el elefante*.

Hace más de mil años, en el *Valle del Río Brahmanputra*, vivían seis hombre ciegos que pasaban las horas compitiendo entre ellos para ver quién era de todos el más sabio.

Pero llegó un día en que se dio un fuerte enfrentamiento entre ellos, pues *no alcanzaban un acuerdo sobre cuál era la forma exacta de un elefante*. Las posturas eran opuestas y como ninguno de ellos había podido tocarlo nunca, decidieron salir al día siguiente a la búsqueda de un ejemplar y de este modo poder salir de dudas.

Tan pronto como los primeros pájaros insinuaron su canto, con el sol aún a medio levantarse, los seis ciegos tomaron al joven *Dookiram* como guía, y puestos en fila con las manos a los hombros de quien les precedía, emprendieron la marcha enfilando la senda que se adentraba en la selva más profunda. No habían andado mucho cuando de pronto, al adentrarse en un claro luminoso, el joven guía vio a un gran elefante tumbado sobre su costado apaciblemente.

Los seis sabios ciegos con ayuda del joven *Dookiram* se acercaron lenta y tranquilamente al elefante, sin perturbarlo para nada, y lo palparon.

¹ Profesor Asociado. Facultad de Psicología, PUJ

El primero de todos, tocó cuidadosamente el costado del animal y exclamó

—¡Ah! Yo os digo que el elefante es exactamente como una pared de barro secada al sol.

El segundo de los ciegos, con más precaución, con las manos extendidas ante él, tocó dos objetos muy largos y puntiagudos, que se curvaban por encima de su cabeza. Eran los colmillos del elefante, y dijo:

—¡Ah! Yo os digo que la forma de este animal es exactamente como la de una lanza (...) sin duda, ésta es!

El resto de los sabios no podían evitar burlarse en voz baja, ya que ninguno encontraba creíble, según lo que cada quien estaba palpando, lo que los otros decían.

El tercer ciego tocó delicadamente al elefante por delante, pero el animal ya algo curioso, se giró hacia él y le envolvió la cintura con su trompa. El ciego agarró la trompa del animal y la resiguió de arriba a abajo notando su forma alargada y estrecha, y cómo se movía a voluntad.

—Escuchad, dijo: este elefante es más bien como (...) como una larga serpiente.

El cuarto sabio, quien se acercó por detrás y recibió un suave golpe con la cola del animal, que se movía para asustar a los insectos que le molestaban, prendió la cola y también la resiguió de arriba abajo con las manos, notando cada una de las arrugas y los pelos que la cubrían. El sabio no tuvo dudas y exclamó lleno de alegría:

—¡Ah! Yo os diré cual es la verdadera forma del elefante. Sin duda es igual a una vieja cuerda.

El quinto de los sabios al alzar sus brazos para buscarlo, sus manos palparon una de

las orejas del animal y dándose la vuelta, gritó a los demás:

—Ninguno de vosotros ha acertado en su forma. El elefante es más bien como un gran abanico plano.

El sexto sabio, el más viejo de todos, apoyando el peso de su cuerpo sobre un viejo bastón de madera, agarró con fuerza una de sus gruesas patas.

—¡Ah! Lo estoy tocando ahora mismo y os aseguro que el elefante tiene la misma forma que el tronco de una gran palmera.

Ahora, todos habían experimentado por ellos mismos cuál era la forma verdadera del elefante y, por supuesto, creían que los demás estaban equivocados.²

Historias como esta, como las que se narran en las ricas tradiciones culturales de nuestras antiguas y modernas sociedades, constituyen recursos metafóricos que nutren los procesos de socialización con sus comprensiones simbólicas sobre el mundo, sobre las relaciones que existen entre los objetos que componen dicho mundo, sobre los vínculos entre nosotros y estos objetos y, particularmente, con sus imperativas moralejas, sentencias que buscan demarcar el orden ético de las relaciones entre nosotros mismos.

Recurso metafórico que no se agota en la imprescindible reproducción de nuestros legados culturales, de nuestras necesarias pautas psicosociales, sino que adquiere un poder heurístico fundamental en los procesos de generación de nuevas alternativas de conocimiento, de inteligibilidad y comprensión de nuestras propias experiencias, individuales y grupales, como seres humanos.

La metáfora hace parte de nuestra forma de pensar, de entender el mundo y, lo que es quizás más importante, de nuestras posibilidades de transformarlo. La

2 Versión tomada y ajustada de: www.casaasia.es. Recuperada julio 12 de 2010.

metáfora no es solo una figura literaria o decorativa del poder retórico que puedan tener nuestros argumentos. Como lo plantea el profesor Víctor Mendoza (2003), en consonancia con el pensamiento filosófico-social de Paul Ricoeur, en algunos apartes de su texto "La metáfora: Racionalidad comunicativa y responsabilidad ética", que aquí cito en varios lugares, la finalidad de la metáfora "es mimética (...) su objetivo es componer una representación esencial de las acciones humanas; su característica peculiar: decir la verdad por medio de la ficción, de la fábula, del mito trágico".

A su juicio, "el uso de la metáfora desarrolla acciones comunicativas creativas, porque siempre representa otras dimensiones de la realidad y no se guía por la exclusividad de la representación que se da en los actos de habla descriptivos. Utilizar la metáfora es incorporar al acto de habla la "poyesis" para ir a niveles de la realidad que no es posible manifestar en los actos de habla explícitamente descriptivos. [Es] una especie de desplazamiento de la preposición que nos permite asumir distintos "desde donde" y por lo tanto nos desarrolla la capacidad de asumir más de un significado para el sentido de la expresión. Es un recurso privilegiado e innovador para acceder al "desde donde habla el otro" (Mendoza, 2003).

En sentido epistemológico, agrega, el mismo profesor Mendoza, "la metáfora nos proporciona nuevos conocimientos haciendo imagen, relacionando dialécticamente lo abstracto con lo concreto, la lógica formal con la lógica figurativa, la sintáctica, la semántica con la pragmática, la complejidad con la simplicidad" (2003).

Es por esta razón que "el análisis crítico se basa permanentemente en el uso de la metáfora, porque su cuestionamiento superpone al mundo de lo dado el mundo de lo esperando, como un deseo de vitalidad ejercido desde la racionalidad comunicativa" (Mendoza 2003). Así, "la metáfora representa una de las principales condiciones semióticas para la generación de la crítica...exponer la crítica con la metáfora es no limitar lo discursivo al presente, es dar razón por la responsabilidad de romper el lenguaje circular...es una condición de posibilidad para la apertura hacia el futuro... sirve en la acción comunicativa para generar

el escucha del nuevo sentido del mundo expresado en todas sus contradicciones. Esto quiere decir que la metáfora es lugar privilegiado, pero no el exclusivo, para la transformación de la realidad" (Mendoza, 2003).

En síntesis, "la metáfora contiene un 'disparador' del sentido ético crítico, porque es un recurso de la expresividad de la comunicación, está diseñada para dejar ingresar al pensamiento del otro con profundo respeto por su infinitud". Sin embargo, subraya el autor, "esta tarea no es fácil, puesto que la metáfora ha sido tradicionalmente hablando, desde el discurso de la positividad de la ciencia; una forma de expresión indeseable en el modelo de verdad como correspondencia. En términos de la necesidad del dialogo crítico, es que requerimos que la metáfora de construya el determinismo de la exclusividad de los juicios de hecho, la predictibilidad lineal en la explicación científica. Justo es decir que el uso de la metáfora no facilita las cosas, por el contrario sabemos que la crítica creativa siempre está en permanente tensión con la paradoja" (Mendoza, 2003).

Indudablemente, es por esta forma de entender la metáfora, que encuentro tan sugerente, para el debate respecto a la psicología y a la psicología social como disciplinas de conocimiento, la metáfora que sirve de título a esta lección inaugural: "Cuando los árboles ocultan el bosque".

Pienso que, al igual que la metáfora que nos ofrece el cuento inicial, donde se advierte sobre la inevitable incertidumbre de nuestras miradas, siempre parciales, diríase, relativamente ciegas, que ésta nos pone en alerta sobre otra forma de ceguera, radicada no en perder la vista sino en nuestra limitada forma de ver.

Más allá de las restricciones del abordaje analítico, convertidas en infranqueable obstáculo epistemológico, cuando se presumen como suficientes cualquiera de las miradas parciales, como lo ilustra la metáfora de los ciegos y el elefante, la metáfora de los árboles y el bosque nos confronta con dos obstáculos epistemológicos ya vislumbrados tiempo atrás por Gastón Bachelard. El primero, el condicionamiento empírico referido

a la relación entre las partes y el todo, y el segundo, la diversidad o posibilidad de las múltiples perspectivas.

En referencia a la versión más original de la metáfora de los árboles y el bosque, el filósofo español José Ortega y Gasset (1914), en sus "Meditaciones del Quijote" nos dice que "cuando se repite la frase 'los árboles no nos dejan ver el bosque', tal vez no se entienda su significado. Los árboles no dejan ver el bosque, y gracias a que así es, en efecto, el bosque existe. La misión de los árboles patentes es hacer latente el resto de ellos, y sólo cuando nos damos perfecta cuenta de que el paisaje visible está ocultando otros paisajes invisibles nos sentimos dentro de un bosque" (p. 331).

"La invisibilidad [dice entonces] el hallarse oculto, no es un carácter meramente negativo, sino una cualidad positiva que, al verse sobre una cosa, la transforma, hace de ella una cosa nueva. En este sentido es absurdo—como la frase susodicha declara—pretender ver el bosque. El bosque es lo latente en cuanto tal. (...) Algunos hombres se niegan a reconocer la profundidad de algo porque exigen de lo profundo que se manifieste como lo superficial. No aceptando que haya especies de claridad, se atiende exclusivamente a la peculiar claridad de las superficies. No advierten que es a lo profundo esencial el ocultarse detrás de la superficie y presentarse sólo a través de ella, latiendo bajo ella. (...) Porque aún hay gentes las cuales exigen que les hagamos ver todo tan claro como ven esta naranja delante de sus ojos. Y es el caso que, si por ver se entiende, como ellos entienden, una función meramente sensitiva, ni ellos ni nadie ha visto jamás una naranja. Es éste un cuerpo esférico, por tanto, con anverso y reverso. ¿Pretenderán tener delante a la vez el anverso y el reverso de la naranja? Con los ojos vemos una parte de la naranja, pero el fruto entero no se nos da nunca en forma sensible: la mayor porción del cuerpo de la naranja se halla latente a nuestras miradas." (p.333)

El sentido de esta metáfora, es reafirmar la necesidad de reconocer lo que parece o aparece oculto, como forma de hacer entendible y comprensible lo que aparece o parece visible. Idea que no es extraña a nuestro repertorio de premisas en el saber psicológico más tradicional o clásico, aunque algunas de ellas

hayan sido, en muchos casos, igualmente acogidas sin atender a sus más relevantes significados epistemológicos.

Asumir, por ejemplo, que "El todo es más que la suma de las partes", axioma característico de la teoría de la Gestalt y de su visión holística de la experiencia humana, acogida ampliamente en nuestros discursos cotidianos, bien podría traducirse en términos de dicha metáfora y su referente concreto en que "el bosque es más que la suma de los árboles", versión en la cual considero que quizás no estaríamos todos tan fácilmente de acuerdo, pues para muchos "el bosque" sólo sería una noción abstracta, a la que apelamos para denominar la suma, el conjunto de aquello que realmente existe: los árboles. Porque: ¿realmente existe el bosque o lo que existe es un número limitado, por grande que este sea, de árboles juntos? Interrogante que creo puede ser afín al antiguo dilema filosófico entre la existencia de lo universal y lo particular; dilema que nos coloca ante la ancestral pregunta por lo humano, ante la pregunta sobre si existe el ser humano o si lo único real es que existimos, aproximadamente, seis mil millones de individuos humanos sobre la faz de la tierra.

No pretendo en este trabajo dar la respuesta a este dilema, pero quizás tendríamos una línea de dilucidación en el también axioma gestáltico, concomitante al anterior, que dice que "es el todo lo que le da sentido a las partes y no las partes al todo". Al relacionar este axioma con la metáfora del bosque, podemos entender que, sin la comprensión de la rica red de conectores retroalimentadores que interactúan con el medio constantemente, creando microclimas y condiciones específicas, es decir la dinámica del bosque como totalidad, se tienen pocas probabilidades de comprender cabalmente la singular existencia de cualquiera de los árboles que en particular allí encontraríamos. Incluso, podemos decir que las más recientes lecturas ecosistémicas estarían bastante cómodas con esta línea de pensamiento.

No presumo que lo dicho sea suficiente para superar este primer obstáculo, la tensión epistémica entre las partes y el todo, pero al menos hemos dejado en claro que el obstáculo existe y entonces quizás, si

no lo podemos superar, tal vez no nos tropezaremos y podremos evitar el golpe. El segundo obstáculo al que nos remite la metáfora del bosque, es que, si los árboles nos ocultan, pero a la vez nos afirman, la existencia del bosque, la visión que logremos tener del mismo dependerá del árbol o del lugar desde cual nos ubiquemos para mirarlo.

En otras palabras, se trata de la necesidad de superar la presunción del conocimiento objetivista de lo real, en tanto que, tradicionalmente se tiende a requerir que este sea compatible con la condición única de los hechos y ajeno a cualquier sesgo o error subjetivista generado por las singularidades psicológicas de quien lo produce, para asumir, por el contrario, con Ortega y Gasset, que todo conocimiento está anclado siempre en algún punto de vista, en alguna situación y que la realidad misma es perspectivista y multiforme.

Es decir, el obstáculo que él mismo se propuso superar con la propuesta del "perspectivismo", según el cual, es posible superar el error objetivista, que consiste en hacer del objeto el único responsable del conocimiento cierto; como el error del subjetivismo, que es subrayar en exceso el papel del sujeto, entendiendo, entonces, que la verdad está en la comprensión de que ambos, el sujeto y el objeto son inseparables.

A juicio de Ortega y Gasset (1914), "nuestra mente nos predispone para captar ciertas verdades y ser ciegos a otras, y lo mismo ocurre con cada pueblo y cada época, que tienen también su peculiar modo de ver la verdad, su peculiar punto de vista. Sólo si nos concibiéramos como seres abstractos, fuera del tiempo y del espacio, podríamos creer en el privilegio de una perspectiva frente a otra. La única perspectiva falsa es la que pretende ser la única, la verdad no localizada, no dependiente de ningún punto de vista" (p. 334). Así, se propone la búsqueda de un conocimiento "que sea capaz de integrar la dimensión perspectivística de la realidad, una razón vital e histórica. La razón vital -agrega- nos muestra que las diferencias individuales, las peculiaridades de cada pueblo y de cada momento histórico, no son impedimentos para alcanzar la realidad, al contrario, son el órgano gracias al

cual pueden captar la realidad que les corresponde" (Ortega y Gasset, 1914, 336).

Hasta ahora, con la ayuda de nuestras metáforas, he querido dejar expuestas las premisas desde las cuales voy a tratar el asunto central de mi exposición: intentar aportar elementos de respuesta a la pregunta: ¿es la psicología social un campo específico de la psicología, o es una perspectiva para toda la psicología?, o, en otras palabras, ¿qué sentido tiene hablar de la psicología social como una forma subdisciplinar de la psicología cuando sabemos que todo aquello que concebimos como psicológico es de naturaleza social, tanto en el plano filogenético de la evolución de la especie humana como en el plano ontogenético de la evolución de cada ser humano?

Para empezar, tomemos algunas de las definiciones más clásicas de psicología social que han estado presentes y han acompañado con frecuencia nuestra determinación de los objetos, métodos de estudio y formas de organización académica y profesional como psicólogos. Definiciones que apadrinaron, en los años cincuenta a setenta, la formalización de la psicología social como área o campo específico de la psicología y que sobrevivieron, y aún sobreviven a la llamada crisis de la psicología social de los años setenta y ochenta, hoy aparentemente superada.

Una primera definición, que nos brinda elementos para ubicar el dilema expuesto nos la ofrece Gordon Allport (1968), quien, en los años sesenta, define la psicología social como "el intento de comprender y explicar cómo los pensamientos, sentimientos y comportamientos individuales son influidos por la presencia real o imaginaria de los otros" (p.12).

Una segunda definición igualmente ilustrativa a este respecto, la podemos encontrar en Secord y Backman (1974), quienes afirman categóricamente que "la Psicología Social estudia el comportamiento del individuos en contextos sociales" (p.1) estando por tanto interesada en el análisis del comportamiento de los individuos en la interacción, en términos de la "interrelación entre el sistema de personalidad y el social, y en grado menor, con la cultura" (p.3).

La definición de los profesores Baron y Byrne, quienes en la octava edición de su "Manual de Psicología Social" de 1998, escrito originalmente en 1979, definen la psicología social como "el campo científico que trata de entender la naturaleza y las causas del comportamiento del individuo en situaciones sociales" (p.5).

Incluso, una definición de los años ochenta, y que da cuenta de este legado, la ofrece Serge Moscovici (1986), quien afirma que la psicología social es la ciencia del conflicto entre el individuo y la sociedad, planteando como su objeto central los fenómenos relacionados con la ideología y la comunicación, ordenados según su génesis, su estructura y su función.

A partir de estas definiciones, tomadas a manera de ejemplo, es claro que la psicología social tiende a entenderse como un campo específico o particular de aplicación del conocimiento psicológico para la explicación de cierto tipo de procesos o dinámicas de actuación o influencias grupales, o como el estudio de los procesos psicológicos que ocurren en un ámbito, sector o contextos delimitados de las interacciones humanas. Por ello, es considerada un campo específico de la psicología que, junto con otros campos, como la psicología educativa, la psicología de la salud, la psicología jurídica, o la psicología organizacional, entre otras, constituyen la unidad de la psicología en tanto disciplina.

Sin embargo, si lo que denominamos psicológico en el ser humano, en síntesis, son los hechos de conciencia sobre su propia experiencia, conciencia que le permiten reconocerse a sí mismo y reconocer a los otros como sujetos distintos y lo que denominamos como psicología es la conciencia reflexiva sobre tales hechos de conciencia, seguramente encontraríamos, como lo plantea la tesis básica de Vygotsky (1974), que el acto social es precondition de la conciencia individual y que los procesos mentales son fundamentalmente el resultado de relaciones sociales interiorizadas. Es decir, que ninguna de las múltiples posibilidades de la experiencia humana, en ninguno de los ámbitos o contextos de actuación, individuales, grupales o colectivos, pueden ser cabalmente entendidas sino en tanto originadas por la condición relacional, la inter-

subjetividad y el vínculo social. Ya sea que nuestro interés de conocimiento se oriente a la comprensión del sujeto en sus formas de existencia personales, familiares, institucionales o públicas, a la base de todas ellas es necesario ubicar la génesis social de sus particulares configuraciones emocionales y cognitivas.

El reconocimiento de la génesis social de lo psicológico, no es una idea especialmente nueva; es una idea que, de diversas formas, más o menos explícitas y con diversos matices, encontramos en un gran número de teorías o planteamientos psicológicos.

Por ejemplo, cuando el célebre psicoanalista Pi-chón Riviere (2001), a partir de las palabras de Freud en el inicio de "Psicología de las Masas y Análisis del Yo" donde dice textualmente que "toda Psicología es Social", sostiene la naturaleza social del psiquismo, afirmando que "entre el orden social e histórico y la subjetividad existe una relación dialéctica y fundante". Definiendo al sujeto como "un ser de necesidades que solo se satisfacen socialmente, en relaciones que lo determinan, como un sujeto situado, que no puede ser abordado y comprendido fuera del contexto en que se constituye, que no es solo a veces un sujeto relacionado, sino que en cuanto se configura en una compleja red de relaciones (sociales, económicas, culturales, geográficas, ecológicas etc.) es sujeto producido, emergente de procesos vinculares, familiares, institucionales, sociales. Pero que a su vez en cuanto sujeto de necesidades, es también productor de su vida material, de su historia, creador del orden social y del universo simbólico en el que se desenvuelve. Por lo tanto, que para comprender a este sujeto, fundamentalmente debemos tener en cuenta cómo operan sus experiencias relacionales en la construcción de su subjetividad" (Maginot, 1999).

Como segundo ejemplo, en la propuesta de Jhon Bowlby, que en palabras del profesor Juan Balbi (2004), plantea en su conocida teoría del apego, *attachment*, o teoría del vínculo afectivo, que "la tendencia a establecer lazos emocionales íntimos con individuos determinados (las figuras de apego) es un componente básico de la naturaleza humana que está presente en el momento mismo del nacimiento y que permanece

durante toda la vida”(p.120), siendo, entonces, una tendencia que responde a un rasgo evolutivo de la especie y cumple una función clave para la supervivencia, en tanto capacidad embrionaria para establecer interacciones sociales y como preadaptación heredada para la vinculación social y afectiva.

En un tercer ejemplo, los planteamientos de George Mead sobre la estructuración social de la personalidad y la configuración del *Self* o Sí-mismo, ponen énfasis en la relación entre el surgimiento de la personalidad y la capacidad, a su juicio exclusiva del ser humano, de comunicarse simbólicamente. Es en este sentido que la “persona”, afirma Mead, citado por Balbi (2004), “es el producto final del proceso de interacción social...la persona no está presente inicialmente, en el nacimiento, sino que surge en el proceso de la experiencia y las actividades sociales...siendo una característica distintiva del ser humano su posibilidad de ser objeto para sí...cualidad que está ligada directamente a otra cualidad que la distingue, la capacidad de comunicarse simbólicamente...[siendo que] la primera a su vez depende, para su surgimiento de que se den las condiciones para el ejercicio de la segunda, ya que únicamente a través de la conducta comunicativa, en términos simbólicos, la persona deviene, como tal, en sujeto y objeto de sí misma”(pp. 150,151). Planteamiento que nos acerca al pensamiento de Vygotsky, para quien la interacción es el factor determinante del psiquismo propiamente humano, pues “la conciencia no nos es dada por la naturaleza al nacer, sino que la conciencia y todas las funciones psíquicas superiores son una construcción que resulta de nuestra vida social” (Wertsch, 1988, 128); célebre autor que en su enunciado de la “ley genética general del desarrollo cultural” afirma que las relaciones sociales son anteriores y subyacen a todas las funciones psicológicas superiores, lo que hace que no se pueda entender al individuo sin antes entender las relaciones sociales en las que se desenvuelve, admitiendo que “en el plano del desarrollo psicológico, es necesario que cualquier función ocurra primero como relación entre personas, es decir, en primer lugar como categoría interpsicológica, para luego aparecer como una categoría intrapsicológica, lo que en síntesis significa que las funciones psicológicas superiores son el resultados del proceso de internalización de una función social, que

todas las funciones psicológicas son relaciones sociales internalizadas”(citado por Wertsch, 1988, 131). Por lo que, en consecuencia, para Vygotsky, la conciencia tiene esencialmente una organización semiótica, producto de la internalización de las funciones de mediación social del lenguaje, que posibilitan al sujeto el diálogo interno y la anticipación y regulación de su propia conducta.

Así mismo, encontramos la idea de lo social como génesis de lo psicológico en la propuesta del interaccionismo simbólico que, en sus principios, expuestos por Herbert Blumer, puntualiza que la capacidad de pensamiento está modelada por la interacción social; en la interacción social, dice Blumer (1982), las personas aprenden los significados y los símbolos que les permiten ejercer su capacidad de pensamiento humana; los significados y los símbolos permiten a las personas actuar e interactuar de manera humana. El sí mismo se configura, igualmente, como el significado que tiene el sujeto para sí, convertido en objeto de su propia atención. Perspectiva igualmente afín a la mencionada organización semiótica de la conciencia enunciada por Vygotsky y donde se hace evidente el papel fundamental del orden social representado por el lenguaje en la configuración de lo psíquico, tanto en el plano filogenético como ontogenético del ser humano.

También podemos retomar la propuesta del construccionismo social, que no obstante algunas interpretaciones radicales puestas en debate, remarca la condición social del conocimiento humano y por tanto del conocimiento de lo humano. Para esto, basta recordar una de las principales hipótesis enunciadas por Gergen (1973) que dice que “Los términos con los cuales comprendemos el mundo son artefactos sociales, productos de intercambios entre la gente, históricamente situados. El proceso de entender no es dirigido automáticamente por la naturaleza sino que resulta de una empresa activa y cooperativa de personas en relación” (p.22) y, en otra palabras, lo planteado por Tomás Ibañez (1994), cuando señala que “El construccionismo disuelve la dicotomía sujeto-objeto afirmando que ninguna de estas dos entidades existe propiamente con independencia de la otra, y que no da lugar a pensarlas como entidades separadas, cuestionando así el propio concepto de objetividad. De hecho,

[agrega] el construccionismo se presenta como una postura fuertemente des-reificante, des-naturalizante, y des-esencializante, que radicaliza al máximo tanto la naturaleza social de nuestro mundo, como la historicidad de nuestras prácticas y de nuestra existencia. Desde esta perspectiva, el sujeto, el objeto y el conocimiento, se agotan plenamente en su existencia sin remitir a ninguna esencia de la que dicha existencia constituiría una manifestación particular, como tampoco remiten a ninguna estabilidad subyacente de la que constituirían una simple expresión particular. En definitiva, el carácter literalmente construido del sujeto, del objeto y del conocimiento arranca estas entidades fuera de un supuesto mundo de objetos naturales que vendrían dados de una vez por todas" (p. 98).

Pero en las corrientes de pensamiento psicológico donde es explícita esta idea de la génesis social de lo psicológico, es en las orientaciones denominadas por Balbi (2004) como posracionalistas, para quienes, afirma, citando a Guidano, la conciencia humana, "en tanto autoorganización compleja de la propia experiencia, es, como ésta, no sólo cognitiva..., sino que su estructura es esencialmente afectivo-emocional, ya que los humanos somos primates y, como tales, somos animales que vivimos socialmente, en la intersubjetividad y en el vínculo afectivo... en un mundo social sumamente complejo que se ha superpuesto al ambiente meramente físico...que genera una realidad intersubjetiva... un mundo en el cual el conocimiento de sí mismo y del mundo siempre está en relación con el conocimiento recíproco de los otros... de tal modo [que] la principal variable en el proceso individual de adaptación y supervivencia pasa a ser el desarrollo de las habilidades para la coordinación recíproca con los otros" (p.287).

Forma de organización de la experiencia que, para Jerome Bruner (2000), en el marco de su denominada "Psicología Cultural", se configura, en consonancia con la necesaria dimensión temporal de la vida humana, como una construcción narrativa, mediante la cual nos es posible la "distinción de la variada información proveniente de la propia experiencia inmediata (emociones, imágenes, sensaciones, motricidad) y organizarla en una dimensión autorreferencial unitaria y continua que experimentamos como un yo propio"

(p. 85). Reconocido aporte que Bruner, en su propósito manifiesto de "explorar la emergencia de la intersubjetividad en nuestra especie humana", plantea, haciendo uso de la metáfora, en los siguientes términos: "Vivimos en un mar de relatos y como el pez que según el proverbio será el último en descubrir el agua, tenemos nuestras propias dificultades para entender en qué consiste nadar entre relatos. No es que carezcamos de competencia para crear nuestras explicaciones narrativas de la realidad; ni mucho menos. Si algo somos, es demasiado expertos. Nuestro problema, más bien, es obtener conciencia de lo que hacemos tan fácilmente" (p.166).

En síntesis, podemos decir con Balbi (2004), quien se apoya en González Rey, que "el sí-mismo o la subjetividad organizada, es un complejo sistema de significaciones y sentidos subjetivos que se realizan siempre ligados a un proceso de identidad personal ... subjetividad [que] se produce en el contexto de la vida cultural humana... pues la subjetividad individual es determinada socialmente, pero no en forma de un determinismo lineal externo, desde lo social hacia adentro, sino en un proceso de constitución que integra de forma simultánea las subjetividades social e individual. El individuo es un elemento constituyente de la subjetividad social y, simultáneamente, se constituye en ella" (p.329).

A partir de lo anteriormente expuesto, sería válido concluir entonces que, más que un campo o área específica de la psicología, ocupada de la comprensión psicológica de ciertos hechos de la interacción social, la psicología social es una perspectiva para la comprensión de lo psicológico humano; en cualquiera de sus ámbitos de realización.

En términos de la propuesta de Maestría en Psicología Social, actualmente en proceso de instalación en la Facultad de Psicología, planteamos una psicología social entendida como una perspectiva amplia y compleja sobre lo humano y sus diversas condiciones y contextos de existencia individual, grupal o colectiva, ya sean de género, edad, educación, trabajo, comunidad, entre otros; cuyo propósito ha de orientarse hacia la búsqueda de la comprensión de la subjetividad humana como una realidad relacional, históricamente

situada, emergente de la dinámica mutuamente constitutiva entre los procesos psicológicos generalmente identificados con el orden personal y los procesos sociales, relacionados con el orden interpersonal, dimensiones que se evidencian como una sola realidad intersubjetiva, es decir, como dimensiones inseparables y necesariamente presentes en todos los hechos de la experiencia humana, individuales o grupales (Facultad de Psicología, PUJ, 2010).

Por ende, al reconocer la condición intersubjetiva de cualquiera de las realidades humanas, se hace imperativo para la psicología preguntarse por las formas como históricamente se constituyen las subjetividades que actúan en ellas, por las características o cualidades que denotan sus diversidades psicológicas, por los procesos mediante los cuales se configuran progresivamente y por las condiciones de posibilidad que dichas realidades ofrecen para el desarrollo de esas mismas subjetividades.

Examinar las condiciones histórico-sociales de posibilidad y desarrollo de las subjetividades humanas, como tarea nodal del saber psicológico, conlleva el rompimiento con una mirada individualizante, para subrayar la necesaria comprensión relacional y contextualizada, bajo coordenadas de tiempo y lugar, del ser y quehacer humanos, de sus múltiples formas de expresión y de las tramas de interacción en que se configuran sus horizontes de posibilidad.

Bogotá, julio 26 de 2010.

Referencias bibliográficas

- Allport, G. (1968). The historical background of modern social psychology. En: Lindzey, G. (ed). *Handbook of Social Psychology*, vol. I. USA: Addison-Wesley.
- Balbi, J. (2004). *La mente narrativa*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Baron, R. y Byrne, D. (1998). *Psicología Social*. Madrid: Prentice Hall.
- Blumer, H. (1982). *El Interaccionismo simbólico, perspectiva y método*. Barcelona: Hora D.L.
- Bruner, J. (2000) *La educación, puerta de la cultura* Visor, Col. Aprendizaje, Madrid, 3 ed.
- Facultad de Psicología. (2010). *Documento de propuesta de creación del programa de Maestría en Psicología Social*. (Inédito). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Gergen, K. (1973). *La Psicología Social como historia*. Barcelona: Anthropos. http://www.swarthmore.edu/Documents/faculty/gergen/soc_psych.pdf. Recuperado Julio 6 de 2010.
- Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. Universidad de Guadalajara.
- Manigot, M. (1999). *La Psicología Social de Pichón Riviere*. Escuela de Psicología Social de Castelar. Acceso: julio 5 de 2010. Buenos Aires. <http://www.pscastelar.com.ar/> Recuperado Julio 5 de 2010.
- Mendoza, V., M. (2003). "Metáfora: Racionalidad Comunicativa y Responsabilidad Ética". *Revista electrónica Razón y Palabra*, (35). Acceso: julio 12 de 2010. Disponible en: www.razonypalabra.org.mx/.../n35/vmendoza.html
- Moscovici, S. (1986). *Psicología Social*. En: *Introducción: el campo de la psicología social*. Barcelona: Paidós.
- Ortega y Gasset, J. (1914). *Meditaciones del Quijote*. En: *Obras Completas. Revista de Occidente*, 1963, I (1).
- Pichón - Riviere, E. (2001). *El Proceso Grupal, (Del psicoanálisis a la psicología Social, I)*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Secord, P. y Backman, C., W. (1976). *Psicología Social*. México: McGraw-Hill, Universidad de Guadalajara.
- Vygotsky, L., S. (1978). *Pensamiento y Lenguaje*. Madrid: Paidós.
- Wertsch, J., V. (1988). *Vygotsky y la formación social de la mente*. Barcelona: Paidós.

Una perspectiva múltiple para la psicología social

Martha Lozano Ardila¹

En este trabajo voy a compartir algunas reflexiones sobre las implicaciones para la psicología social en la explicación y comprensión del comportamiento humano, el cual puede ser visto desde una postura atomista o desde una perspectiva plural y compleja.

Es frecuente encontrar en los seres humanos esfuerzos de distinta índole por desarrollar explicaciones sobre el mundo, para lo cual se recurre, como expresan Mead (1973) y Cassirer (1979) a los simbolismos, con el propósito de concretar tales concepciones. Es decir, se recurre al lenguaje, a las ciencias, al arte, las leyendas, los mitos para darle significado a los hechos y al ser humano en y frente a ellos, es un interjuego entre lo subjetivo, objetivo e intersubjetivo, a través de mediaciones cognitivas y lingüísticas que permiten la producción de lo que Whitehead denominó en 1944 "ficciones útiles" para entender y actuar en el mundo (Silveira, 1995).

Se busca entonces ir más allá de las presunciones del conocimiento objetivistas de la realidad que, en muchas ocasiones, no permiten ver los hechos tal como son; tampoco se trata de caer en el subjetivismo que propician las singularidades psicológicas. Se trata de reconocer la realidad o realidades como perspectiva multiforme según lo planteaba Ortega y Gasset (1998), para ello se requiere lo que Kant denominaba la mente abierta, lo cual permite un conocimiento situado, en perspectiva, con sentido histórico de las realidades en las que acontece el devenir humano.

Se reconoce el valor de la metáfora como uno de las formas que tenemos para pensar, entender y actuar en el mundo; para recrearlo, darle sentido y configurar

¹ Facultad de Psicología. Pontificia Universidad Javeriana.

significados sobre él, en el encuentro intersubjetivo con quienes es compartido (Ricoeur, 2001).

La metáfora posibilita la elaboración de nuevos conocimientos, la creación y recreación e imágenes del mundo social que los seres humanos configuran en las relaciones con los otros. En un sentido complejo, permite el ejercicio dialéctico del encuentro entre lo abstracto y lo concreto, de lo formal con lo figurativo, de múltiples formas del lenguaje para dar cuenta de sí y de los otros (Wittgenstein, 1988), de lo complejo con lo simple, de lo dado con lo esperado, de lo comunicable de lo explícito y lo implícito, de la críticas, de lo ético y lo estético y, en general, de la recreación del mundo.

Se ha estudiado la condición humana de la incertidumbre sobre nuestro conocimiento parcial de las realidades, por nuestra forma de verlas, razón por la cual vemos sólo las partes, presumiendo que eso es el todo y no una parte constitutiva del todo, el desencadenante es, entonces, una visión restringida en la que lo múltiple, lo diverso, lo complejo y lo plural se difuminan (Bachelard, 1984).

La metáfora, como recurso en la ciencia, contribuye a la comprensión de los significados epistemológicos, teóricos, metodológicos y analíticos del conocimiento que se produce a través de los procesos de investigación, de los estudios de caso, los análisis críticos, de los cuestionamientos teóricos y de los análisis de realidad. Por supuesto, la comprensión que se logre de lo observado, dependerá del lugar desde el cual sean vistas.

Karl Mannheim (1952) citado por Ritzer (2001), para referirse a las implicaciones de los modos de pensar el mundo; analizó la siguiente imagen, cuando el hijo de un granjero es educado en el contexto de su pueblo y pasa toda su vida en él, su modo de pensar, hablar y actuar es típico del lugar al cual pertenece y da por asumido que así deben ser las cosas. Por el contrario, el chico del campo que va a la ciudad y se adapta porque se forma para vivir en ella, el modo rural de vivir y hablar deja de ser algo por sentido y

aprende a diferenciar conscientemente entre la forma de pensar rural y urbana.

Este recurso es empleado por Mannheim para referirse a la influencia de nuestro entorno en la manera de pensar el mundo y, en particular, a las posibilidades de ampliar el pensamiento cuando salimos de las formas cerradas de verlo (González, 1993). Por consiguiente, se puede tener un pensamiento estrecho en la medida en que se quiera o ampliado depende del interés de la persona.

Las formas de pensar de los seres humanos están modeladas por la interacción social; es en ellas como se aprenden y aprehenden los significados y configurar la singularidad en el pensar y actuar de cada ser humano.

La psicología social, a lo largo de su desarrollo, ha pasado por diferentes vías, dos han sido dominantes. La primera, la del pensamiento centrado en las teorías, en la producción de datos sin aplicaciones de gran impacto frente a los problemas sociales, lo que llevó a una crisis de relevancia, como también le sucedió a otras disciplinas de las ciencias humanas y sociales (Wallerstein, 1996; Rodríguez, 1995).

Al quedarse en las miradas ortodoxas se puede tener una imagen del mundo naturalizada e inmutable, a pesar de las evidencias. Encerrarse en las parcelas del conocimiento puede conducir a una idea de mundo semejante a la del joven que nunca salió de su pueblo, es decir, una visión restringida del mundo social.

La apropiación irreflexiva de las teorías o del accionar social del ser humano impide la toma de conciencia sobre la propia experiencia y sobre la experiencia de los otros como diferentes pero comunes, en cuanto se comparte el mundo de las relaciones construidas por los mismos seres humanos. Se trata de promover tanto la conciencia personal de sí y de los otros como la conciencia colectiva del nosotros. El reconocimiento de la génesis social de lo psicológico tal como lo expresa Sánchez, es a su vez comprender a toda la psicología como social.

significados sobre él, en el encuentro intersubjetivo con quienes es compartido (Ricoeur, 2001).

La metáfora posibilita la elaboración de nuevos conocimientos, la creación y recreación e imágenes del mundo social que los seres humanos configuran en las relaciones con los otros. En un sentido complejo, permite el ejercicio dialéctico del encuentro entre lo abstracto y lo concreto, de lo formal con lo figurativo, de múltiples formas del lenguaje para dar cuenta de sí y de los otros (Wittgenstein, 1988), de lo complejo con lo simple, de lo dado con lo esperado, de lo comunicable de lo explícito y lo implícito, de la críticas, de lo ético y lo estético y, en general, de la recreación del mundo.

Se ha estudiado la condición humana de la incertidumbre sobre nuestro conocimiento parcial de las realidades, por nuestra forma de verlas, razón por la cual vemos sólo las partes, presumiendo que eso es el todo y no una parte constitutiva del todo, el desencadenante es, entonces, una visión restringida en la que lo múltiple, lo diverso, lo complejo y lo plural se difuminan (Bachelard, 1984).

La metáfora, como recurso en la ciencia, contribuye a la comprensión de los significados epistemológicos, teóricos, metodológicos y analíticos del conocimiento que se produce a través de los procesos de investigación, de los estudios de caso, los análisis críticos, de los cuestionamientos teóricos y de los análisis de realidad. Por supuesto, la comprensión que se logre de lo observado, dependerá del lugar desde el cual sean vistas.

Karl Mannheim (1952) citado por Ritzer (2001), para referirse a las implicaciones de los modos de pensar el mundo; analizó la siguiente imagen, cuando el hijo de un granjero es educado en el contexto de su pueblo y pasa toda su vida en él, su modo de pensar, hablar y actuar es típico del lugar al cual pertenece y da por asumido que así deben ser las cosas. Por el contrario, el chico del campo que va a la ciudad y se adapta porque se forma para vivir en ella, el modo rural de vivir y hablar deja de ser algo por sentido y

aprende a diferenciar conscientemente entre la forma de pensar rural y urbana.

Este recurso es empleado por Mannheim para referirse a la influencia de nuestro entorno en la manera de pensar el mundo y, en particular, a las posibilidades de ampliar el pensamiento cuando salimos de las formas cerradas de verlo (González, 1993). Por consiguiente, se puede tener un pensamiento estrecho en la medida en que se quiera o ampliado depende del interés de la persona.

Las formas de pensar de los seres humanos están modeladas por la interacción social; es en ellas como se aprenden y aprehenden los significados y configurar la singularidad en el pensar y actuar de cada ser humano.

La psicología social, a lo largo de su desarrollo, ha pasado por diferentes vías, dos han sido dominantes. La primera, la del pensamiento centrado en las teorías, en la producción de datos sin aplicaciones de gran impacto frente a los problemas sociales, lo que llevó a una crisis de relevancia, como también le sucedió a otras disciplinas de las ciencias humanas y sociales (Wallerstein, 1996; Rodríguez, 1995).

Al quedarse en las miradas ortodoxas se puede tener una imagen del mundo naturalizada e inmutable, a pesar de las evidencias. Encerrarse en las parcelas del conocimiento puede conducir a una idea de mundo semejante a la del joven que nunca salió de su pueblo, es decir, una visión restringida del mundo social.

La apropiación irreflexiva de las teorías o del accionar social del ser humano impide la toma de conciencia sobre la propia experiencia y sobre la experiencia de los otros como diferentes pero comunes, en cuanto se comparte el mundo de las relaciones construidas por los mismos seres humanos. Se trata de promover tanto la conciencia personal de sí y de los otros como la conciencia colectiva del nosotros. El reconocimiento de la génesis social de lo psicológico tal como lo expresa Sánchez, es a su vez comprender a toda la psicología como social.

establecer el tamaño del mismo, su alcance, las aristas que lo configuran, e igualmente, esta metáfora nos permite deducir que, para comprender la densidad y complejidad de los componentes y efectos del mundo social actual, es necesario entender que, en su condición en devenir integra fuerzas del pasado, del presente y se proyecta al futuro con lo que en su historia los seres humanos hemos construido; por tanto, es tarea de las disciplinas como la psicología social comprender la complejidad de los fenómenos objeto desde sus contextos de sentido.

Hay un ejemplo que, a lo largo de la historia, por su ocurrencia ha dejado secuelas importantes que aún hoy persisten con consecuencias psicológicas, políticas, económicas, sociales y culturales importantes. El maestro Boaventura de Sousa (1998), en su aguda y crítica obra, *De la Mano de Alicia*, dice que el siglo xx pasará a la historia o a las historias, como un siglo infeliz, configurado por un siglo que fue padre y madre a la vez, el siglo xx, esperando, como lo esperan muchos padres que su hijo fuera un verdadero prodigio. Sin embargo, las cosas no salieron como se esperaban, en sus primeros 14 años, el siglo xx se reveló como un joven frágil, enfermizo, afiebrado e inseguro dominado por el azar. A esa edad en que los jóvenes tienen sueños e ilusiones, el joven llamado siglo y apellidado xx, tuvo un percance grave que, como uno de esos males que dejan huella para toda la vida, la enfermedad de la guerra le dejó recuerdos de sufrimiento, muerte y cicatrices, que en lugar de permitirle recuperarse, se sumaron a su segunda gran crisis, la Segunda Guerra Mundial, por supuesto más grave que la primera, de manera que tanto el sufrimiento y el dolor aumentaron al punto que, aún hoy, luego de su final, hace diez años, persisten sus secuelas, entre ellas las guerras y la constante tensión mundial que ha pasado a ser motivo de preocupación de científicos, activistas, colectivos y premios Nobel que se han manifestado contra la guerra y la violencia en todas sus formas.

La crisis de Europa, las guerras, el holocausto, la devastación de naciones no fueron los únicos acontecimientos que trazaron la trayectoria del siglo xx, a ellos se unen: 1) la crisis de la modernidad y con ella el cam-

bio sociocultural que se cimenta en la regulación a través del Estado, por el mercado y la comunidad ha sido uno de los hechos más significativos del último siglo; 2) la emancipación individual y colectiva sustentada por tres lógicas de racionalidad: la estético-expresiva, referida más a la comunidad en la que se configura la identidad, pluralidad, diversidad, singularidad; y la sensibilidad estética, la racionalidad moral-práctica asociada al principio del Estado a quien le competen hacer cumplir un mínimo ético para lo cual cuenta el derecho. Por último, la racionalidad cognitivo instrumental que tiene correspondencia con los principios del mercado como medio de configuración de la individualidad y la competencia, ejes de desarrollo de la ciencia y la técnica, las dos como fuentes productivas.

La pretensión ha sido vincular la regulación con la emancipación y vincularlas con la racionalidad global de la vida colectiva e individual, lo que ha propiciado valores contradictorios de la justicia, la solidaridad, identidad, emancipación y de la subjetividad, esto se debe en parte a que no hay primacía entre estos valores y porque el desarrollo de la sociedad está estrechamente ligado al del capitalismo. Tres han sido las consecuencias de este proyecto de interacción: la tensión entre inclusión y exclusión, la inequidad y desigualdad en las condiciones sociales y económicas de las sociedades y el consumo cultural intensificado en todos los aspectos precarios del trabajo y del acceso a los recursos. Condiciones que rompen con los marcos institucionales y los límites de actuación, transitando por formas distintas de manifestación del capitalismo: el capitalismo industrial, financiero y comercial, los cuales se concentran y centralizan, estrechan los vínculos entre la banca, la industria y el mercado; se distancia la propiedad jurídica de las empresas y el control económico de su gestión; se profundiza la lucha por el control de las materias primas, los mercados cuyas demandas de producción aumenta cada vez más y con ello la tecnología que requieren, con el impacto de una constante transformación de tales tecnologías, en tanto se precarizan las condiciones de vida de muchos grupos poblacionales, aumenta la pobreza, el hambre, las discriminaciones y el deterioro del medio ambiente.

En lo que se refiere al principio de comunidad, el desarrollo capitalista, la expansión de trabajadores, el derecho al sufragio abierto a hombres y mujeres hace que las comunidades se reconfiguren por las políticas públicas que, en buena medida, se vuelven políticas de clase, de género o de etnia y que comprometen los derechos humanos, por sus condiciones de cumplimiento parcial o de incumplimiento, en razón de lo cual, reaccionan los movimientos colectivos y las asociaciones para lograr las negociaciones colectivas a la vez que buscan un espacio político de participación y reconocimiento.

A lo anterior, se suma la condición de los Estados como agentes activos en las transformaciones de la comunidad y del mercado. Que permanentemente deben ajustarse a los cambios y a las demandas que de él se exigen. Establece alianza con los grandes monopolios y se transforma constantemente para adaptarse a los cambios de la economía y los mercados. La mayor evidencia de esta articulación está en la legislación social, en la gestión del espacio público, en las formas de consumo colectivo, en la salud y en la educación, que por lo general terminan causando impactos poco favorables para los ciudadanos.

Actualmente, los ciudadanos de la mayoría de las sociedades experimentan cansancio, impotencia y desencanto ante las condiciones que el Estado, la economía y los poderes vinculados a ella. Los movimientos sociales son una respuesta a las formas de exclusión, a las violencias visibles e implícitas, a las decisiones unilaterales que comprometen los recursos de los países, el desarrollo y bienestar de los ciudadanos, el rechazo a la ausencia de democracia en las sociedades que se declaran a sí mismas democráticas y a la libertad sin libertad, dos condiciones que se vuelven eufemismos empleados para imponer los cambios sociales y culturales.

Los procesos antes mencionados han conducido a las sociedades del siglo xx, e inicios del xxi, a una gama de cambios sociales, culturales, políticos, económicos y en el conocimiento. Se han venido instalando en el pensamiento y en las prácticas conceptos como globalización, aldea mundial, multiculturalismo,

diversidad, pluralidad, neoliberalismo, mundialización de la economía, TC, crisis de gobernabilidad por agotamiento de los sistemas democráticos representativos, movimientos sociales y empoderamiento de las comunidades, agotamiento los ideales de justicia, igualdad y desarrollo, corrupción como mecanismos de administración de las sociedades. En términos generales, vivimos un cierto malestar ante el incumplimiento de las promesas de la modernidad y el encubrimiento que de ellas hace la cultura del mercado y el consumo.

Frente a este panorama, una perspectiva plural y compleja de la psicología social permite el tránsito por diferentes concepciones ante un mismo fenómeno, orientar acciones para contribuir a la solución de problemas sociales propios de la época y a ampliar o complementar el alcance restringido de los paradigmas ante la complejidad del comportamiento humano, porque el conocimiento nunca es estático, siempre se está transformando de manera dinámica en el devenir histórico de los acontecimientos.

Una perspectiva plural y compleja de la psicología social irrumpe como pensamiento emergente para cuestionar y replantear las estructuras convencionales existentes; en ningún momento se antepone o niega los avances de los paradigmas clásicos que se sustentan en el positivismo y el empirismo, la mecánica de Newton, la relatividad de Einstein, la astronomía de Galileo; por el contrario, un paradigma con perspectiva de pluralidad y complejidad emergen para complementar y ampliar la mirada que los modelos tradicionales de la racionalidad científica han ofrecido; y desde la psicología tener una mayor amplitud de la racionalidad científica que de cabida a un modelo interdisciplinario para abordar el estudio de los fenómenos sociales.

Se aboga por la interdisciplinariedad contraria la hiperespecialización, tendencia de la ciencia moderna (Morín, 1984). Es importante que las ciencias humanas y sociales no caigan en las limitaciones que implica la división disciplinar y el aislamiento intencional de las otras ramas del conocimiento, puesto que el hombre es un ser total, multidimensional y complejo.

En otros términos, este marco epistemológico invita a un conocimiento científico de los fenómenos

sociales, diverso, sin perder el rigor propio de cada disciplina para responder a los criterios de profundidad y coherencia interna en las explicaciones y comprensiones que se llevan a cabo.

Se requiere una dialógica que propicie la relación entre instancias que pueden aparecer como antagónicas, pero que en realidad son indisociables. Se da paso así a un principio hologramático, de manera que se cuenta con la posibilidad de un conocimiento del todo a través del conocimiento de las partes y viceversa, en la que conviven diferentes elementos políticos, económicos, sociológicos, psicológicos y culturales. Desde esta perspectiva integradora, la psicología se debe soportar en la valoración de lo multidimensional, conjugando y analizando la dimensión global partiendo del contexto de lo local.

En síntesis, no es posible abordar el desarrollo de los fenómenos sociales con un solo modelo, como tampoco es posible dar cuenta del desarrollo de la ciencia desde un solo modelo; las categorías propuestas por la mayoría de los modelos científicos para explicar y comprender el mundo social son insuficientes para dar cuenta de la complejidad de la dinámica social, tal como sucede también para dar cuenta de la dinámica de la ciencia las categorías que para ello se propone (Estany, 1999). Es fundamental contar con modelos que nos den cuenta de las unidades básicas de los fenómenos sociales tomando en consideración sus elementos constitutivos, los cambios que se han dado en sus trayectorias y los criterios de actuación racional. Para lograr estos tres propósitos es necesario tomar en cuenta el cuerpo teórico que permite abordarlos, su ontología, epistemología, metodología, instrumentación y lógica de análisis.

En la actualidad, la psicología social más que un cúmulo de teorías, es una perspectiva que afronta los retos de un mundo globalizado y en crisis, no como un conjunto de conceptos que se consignan en un manual. Por ello, es vital:

1. El descentramiento de la psicología social de su preocupación por un status gremial, social, científico, y

la construcción de una nueva epistemología y una nueva praxis, desde la perspectiva de las personas.

2. La desideologización, el rescate de la memoria histórica para sobrevivir a fenómenos como la guerra, la violencia o los usos inapropiados del poder.
3. Desarrollar una psicología social interesada en las condiciones históricas, políticas, culturales, económicas y de relaciones de los seres humanos.

Referencias bibliográficas

- Bachelard, G. (1984). *La filosofía del no*. Barcelona: Amorrortu.
- Cassirer, E. (1979). *Filosofía de las formas simbólicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Sousa, S. B. (1998). *De la Mano de Alicia*. Colombia: Siglo del Hombre Editores. Ediciones UNISANDES.
- Estany, A. (1999). *Vida, muerte y resurrección de la conciencia. Análisis filosófico de las revoluciones científicas en la psicología contemporánea*. Madrid: Paidós.
- Foucault, M. (2004). *Nacimiento de la Biopolítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García, M. F. (2009). Ortega y Gasset. Contexto Histórico-Filosófico. *IES Vistazul*, pp. 1-8.
- Gergen, K. (1996). *Realidades y Relaciones*. Madrid: Paidós.
- González, G. J. (1993). Reflexiones sobre «el pensamiento conservador» de Karl Manheim. *Reis*. No. 62, pp. 81-81.
- Ibañez, T. (2001). *Psicología Social Construccionalista*. México: Universidad de Guadalajara.
- Kunh, T. (1981). *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*. Barcelona: Paidós.
- Martín-Baró, I. (1997). *Acción e ideología. Psicología Social desde América Central*. San Salvador: ECA Editores.
- Mead, G. (1973). *Espíritu Persona y Sociedad*. Madrid: Paidós.


- Morin, E. (1984). *La ciencia con conciencia*. Barcelona: Anthropos.
- Ortgea y Gasset (1998). *¿Qu' es Filosofía?* Madrid: Alianza - Revista de Occidente.
- Ricœur, P. (2001). *La metáfora viva*. Madrid: Trotta.
- Ritzer, G. (2001). *Teoría Sociológica Clásica*. Madrid: McGraw Hill.
- Rodríguez, A. (1995). *Psicología Social*. México: Trillas.
- Silveira, M. A. (1995). Totalidad y fragmentación; el espacio global y la cuestión metodológica, un ejemplo argentino. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*. Servicio de Pblaciones. No. 14, pp. 53-61.
- Ugarte, P. J. (2005). *La administración de la vida. Estudios Biopolíticos*. Barcelona: Anthropos.
- Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales: Informe de la Comision Gulbenkian para la Reestruct.* México: Siglo XXI Editores.
- Wittgenstein, L. (1988). *Sobre la Certeza*. Barcelona: Gedisa.

Pontificia Universidad
JAVERIANA

Facultad de Psicología

Lectio Inauguralis

"Cuando los árboles ocultan el bosque:
el sentido de la Psicología Social"



Instalación
Blanca Patricia Ballesteros de Valderrama
Decana Académica

Panel:

<p>EDUARDO AGUIRRE DÁVILA Profesor del Departamento de Psicología de la Universidad Nacional</p>	<p>MARTHA CECILIA LOZANO ÁRDILA Profesora del Departamento de Psicología de la Pontificia Universidad Javeriana</p>	<p>ALFONSO SÁNCHEZ PILONIETA Profesor del Departamento de Psicología de la Pontificia Universidad Javeriana</p>
---	--	--

26 de julio 2010/9:00 a.m. Auditorio Luis Carlos Galán, Pontificia Universidad Javeriana